

dotes interesados, de algunos sábios egoistas, que la hacian adorar de léjos, tras una densa nube, por una muchedumbre estúpida y tímida. Los misterios más elevados son predicados y anunciados á todos los hombres, sin distincion de clases. Los que acusan al sacerdocio cristiano, de mantener al pueblo en la ignorancia, para subyugarlo más fácilmente, están muy equivocados, son muy olvidadizos, ó muy injustos. El sacerdocio es quien proporciona diariamente la instruccion, no ya tan solo á los que gozan de las felicidades de la tierra, á los privilegiados de la fortuna, á la flor de la juventud de las metrópolis y ciudades, si que tambien á los *mendigos*, á los *vagabundos*, á los *ciegos*, á los *cojos*, que la filosofía, tan altiva como mezquina, habia dejado al olvido; y aun á los niños más pequeños, cuya inteligencia ilustra, y á cuya lengua da facundia: *Intellectum dat parvulis... linguas infantium facit disertas.*

¿No es admirable ver en las más pobres campiñas, lo propio que en nuestras más opulentas ciudades, una mesa accesible á los que tienen hambre y sed de verdad, en la que todos pueden comer el pan de la palabra, y comprar sin dinero *la leche y la miel de los consuelos divinos*? ¿No es admirable ver en las más humildes iglesias, una cátedra de enseñanza pública, y en esta cátedra á un doctor, que expone en lenguaje familiar, para que todos le oigan y comprendan, las cuestiones, ante las cuales se inclinaban los más claros ingenios de Grecia y Roma, y junto á este doctor, grupos de niños, de pobres é ignorantes, á quienes, léjos de juzgarles indignos de sus lecciones, les considera como la parte más preciosa y bendita de su grey?

Cierto, que los gobiernos cristianos se han ocupado tambien en la instruccion del pueblo, multiplicando las escuelas y los maestros de la juventud, y merecen, por lo mismo, que se les agradezca sus generosas intenciones y laudables esfuerzos; pero tambien debemos observar, al propio tiempo, que sus cuidados han sido tardios, puesto que la Religion atendió mucho antes á esta necesidad. No olvidemos, que así sobre éste como otros muchos puntos de mejora y perfeccionamiento social, los gobiernos no han hecho más que seguir las huellas de la Iglesia, que les ha precedido en este camino; y que la idea misma de popularizar la instruccion, no ha podido inspirársela sino el principio cristiano, fuertemente impreso en las costumbres é instituciones de las naciones modernas; principio, que levantó al pueblo del estado de abyeccion en que gemia, hasta que le anunciaron la buena nueva de que los *pobres iban á ser evangelizados*. Véase la diferencia; y todo hombre razonable no puede ménos de ver la que

hay entre una enseñanza, que es la vida misma, la vida esencial del hombre, y la que no tiene más objeto que las ventajas de comodidad ó utilidad. Cuando el sacerdote ha hablado, ha soplado el espíritu, se ha encendido el fuego celestial, el hombre ha nacido para Dios, para la virtud, para la sociedad. Ya solo falta colocar sobre esta base los detalles adecuados á las conveniencias ó al lujo del edificio. Desde la edad de doce años, el niño, que ha escuchado las lecciones del catecismo, ha aprendido más verdades divinas, morales, históricas y sociales, que los hombres mejor dotados de los dones de la inteligencia y del ingenio pueden aprender, desde la misma edad, durante una larga vida, y despues de estudios y constantes desvelos.

4. La enseñanza del catecismo es una enseñanza llena de autoridad, y va acompañada de aquella persuasion que cautiva el entendimiento y la voluntad. El que enseña en su propio nombre, solo puede dar á sus lecciones la autoridad humana. Un profesor, en su cátedra de literatura, de filosofía, de historia, de legislacion; un autor, en sus libros; un publicista, desde la tribuna que se ha erigido con sus publicaciones periodísticas, comunica á sus oyentes, al público, á sus lectores, su pensamiento, sus conceptos, sus raciocinios y, á veces, sus devaneos. Sus juicios pueden ser falsos, sus meditaciones vanas y huecas, sus conclusiones mal deducidas; pero aunque estas diversas operaciones de su mente fuesen verdaderas, rectas y lógicas, cada cual queda libre de negarles su asentimiento, y aun de impugnarlas, porque la palabra del hombre nunca es una autoridad para el hombre. Su valor depende de la confianza que inspira, de la idea que se ha concebido del talento, saber, carácter y probidad del orador ó de sus escritos.

No sucede así con la enseñanza del catecismo. Cada sacerdote, ó catequizante, puede decir, con verdad, á su auditorio, á ejemplo del divino Maestro: *Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado: Mea doctrina non est mea, sed ejus, qui misit me.* JOANN. VII, 16. Aquí ya no es un hombre el que habla en su nombre; es un eco, que solo repite los acentos de una voz soberana; es un embajador, que trasmite las instrucciones que de su principe recibiera; y si le pedís sus credenciales, os contestará: Yo hablo; pero conmigo hablan todos los tiempos, todos los lugares, los hombres todos que abarca el orbe inmenso de la unidad católica; pero conmigo hablan todos los padres, todos los doctores, todos los concilios, las tradiciones todas; pero conmigo y como yo hablan todas las iglesias particulares, los pastores todos de primero y segundo orden, desde la Cabeza suprema de la jerarquía al humilde sacerdote, que ocupa el último

grado; pero conmigo y como yo hablan las Escrituras interpretadas por la grande Iglesia, la Iglesia universal, que, aun considerada bajo un aspecto humano, nos presenta la autoridad más eminente, más fuerte, más imponente entre los siglos y las naciones; Iglesia que se declara, además, juez infalible de las controversias de la fe, y lo prueba por la sabiduría de su Fundador, y con la solemne promesa que la hizo de estar con ella enseñando y bautizando, no en un tiempo dado, sino todos los dias, y hasta que el siglo actual sea absorbido en la eternidad de los siglos: *Euntes docete... baptizantes... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* МАТТ. XXVIII, 19 et 20. O mejor, ya no es el sacerdote quien habla: aquí el hombre se oculta y desaparece; Dios, el mismo Dios, es quien instruye y exhorta por su boca: *Tanquam Deo exhortante per nos.* II. COR. V, 20. Si, pues, cada cual es el dueño de declinar la autoridad de la palabra del hombre, ¿qué razon se atreverá á competir con la razon de Dios? y desde que Dios ha hablado, ¿qué falta ya, sino adorar, obedecer y creer?

5. La enseñanza del catecismo es una enseñanza universal. Una de las altas prerogativas de la Iglesia es, la de imprimir en todas sus obras el carácter de su catolicismo, destinada, como está, á abrazar y reunir en su seno á la humanidad entera. En el ejercicio de su poderosa influencia, procede con la generosidad y grandeza, que en vano se busca en las humanas instituciones. En ella nada hay mezquino, parcial, local ni exclusivo, como en los negocios políticos, civiles y comerciales de las naciones. Al verla obrar, se conoce que es madre, porque no tiene límites en las expansiones de su ternura; y á ninguna criatura de Dios considera ajena á las efusiones de su caridad. Cuando la Iglesia procedió á construir sus catedrales, trazó los planes en tan vastas proporciones, que, al parecer, queria reunir en ellas toda la tierra; y como si hubiese aspirado á encerrar en las mismas las tres Iglesias militante, paciente y triunfante, que componen su magnífica unidad, pintaba en sus ricas vidrieras, entre los esplendores del cielo, el feliz descanso de sus Santos, que han llegado al término de la gloria; y bajo las piedras sillares de sus naves y pórticos, inundados por el torrente de fieles, que aun andan peregrinando por la tierra, cerraba la sepultura de los muertos, consolados y aliviados por sus sufragios. Para llamar á sus hijos á la oracion, al sacrificio de la misa, y á las congregaciones santas, se vale, como para convocar toda la muchedumbre de los pueblos, de la voz del bronce, que se oye á mayor distancia que el sonido del bronce de las batallas, y que solo puede compararse á la voz de Dios, cuando true-

na en la inmensidad de los espacios. Al bendecir con la mano del Sumo Pontífice, desde el templo augusto, que supera á los demás en magnificencia y dignidad, envia su poderosa bendicion á la ciudad y al mundo. Lo mismo sucede con la enseñanza de su doctrina. En todos los puntos del globo, en todos los climas, en todas las lenguas por los hombres habladas, reparte la verdad á los que la piden. Si admite alguna preferencia, es toda en favor de los débiles y de los pequeños. Sus sábias lecciones se repiten en la cabaña del indio, en la capilla de cañas del salvaje, como bajo las bóvedas de S. Pedro de Roma. Como quiere, que todos los hombres lleguen á conocer la verdad, en todas partes multiplica sus intérpretes; y á imitacion de la bondad divina, que pone al lado de cada hombre un ángel para guardarle, envia á cada pueblo, á cada tribu, á cada colonia, un doctor que la instruya. La Grecia antigua, escuela brillante del mundo sabio y culto, no contaba más que un liceo y un pórtico; y la Iglesia cristiana cuenta tantos pórticos y liceos como oratorios hay, en que pueden reunirse algunos fieles para oír la explicacion de la ley de Jesucristo. La forma literal del catecismo puede variar, segun las diversas iglesias; pero la doctrina es la misma: los hijos de Dios reciben el mismo pan de la palabra, el mismo alimento espiritual.

La enseñanza universal, es una enseñanza perpétua, otro de los caracteres que la Iglesia imprime en todas sus obras. Hace diez y ocho siglos, se dijo: Id por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas; y desde que se dió esta mision, no ha cesado de cumplirse; y el torrente de la predicacion evangélica ha corrido sin cesar sobre todas las épocas de la humanidad. Pero, si desde sus fuentes elevadas ha regado las montañas, tambien ha derramado sus tesoros en los humildes valles; pues de aquella época, en adelante las jóvenes generaciones han recogido siempre de boca del sacerdote las primeras palabras de vida, de verdad y amor: los pueblos han debido al sacerdocio su primera educacion religiosa y moral; y lo mismo sucederá hasta la consumacion de los siglos, hasta que cesarán las lenguas, y las profecias, y la ciencia para abrir paso á la verdad, que se manifestará en toda su plenitud, sin sombra alguna que la encubra. Si se objeta, que no consta que se diese la instruccion pública á los jóvenes en los primeros siglos de la Iglesia, la respuesta es fácil: la enseñanza apostólica no era en sí más que un catecismo, una exposicion sumaria y sustancial de los elementos de la fe. Con efecto; ¿qué eran los apóstoles y sus inmediatos sucesores, sino unos catequistas, que explicaban á los neófitos, á los catecúmenos, en lenguaje sencillo y familiar, la historia de la creacion, de la caída original, y de la re-

dencion, explanándoles la doctrina de los sacramentos, los mandamientos de la ley de Dios, la necesidad de la oracion, y de las buenas obras? Y las homilias de los Padres más renombrados por su saber y elocuencia, los escritos de S. Juan Crisóstomo, de un Clemente de Alejandria, de un S. Gregorio, ¿qué son, en su mayoría, sino la explicacion pura del dogma y de la moral cristiana, acomodada á las necesidades de las personas ménos ilustradas de su auditorio?

En verdad, no es una de las menores pruebas de la excelencia de la enseñanza católica, esa serie de grandes hombres y santos doctores, que han dedicado su voz y su pluma á esta modesta enseñanza; y á los que siembran la divina semilla en el campo del Padre de familia, no deja de alentarles y honrarles la idea de haberles precedido en su piadoso ministerio los varones más insignes por la fe, el talento y la virtud, que florecieron en los mejores siglos de la Iglesia. Y estos gloriosos ejemplos se encuentran tambien en edades más recientes; y estos ejemplos son tan numerosos, que no se sabe cuáles escoger y citar con preferencia; si á los fundadores de las grandes órdenes monásticas, como un Sto. Domingo y un S. Francisco de Asís; ó á los varones apostólicos, como un S. Vicente Ferrer, un Francisco Javier, un Francisco Regis, que recorrian las calles y plazas públicas con la campanilla en la mano para llamar al pueblo á la explicacion de la doctrina; ó á un Francisco de Sales, que á pié y con su baston de viaje, iba recorriendo las ciudades y aldeas del Chablais para catequizarlas; ó á un Fenelon, que hacia volver al gremio de la Iglesia, con la misma enseñanza y con igual celo evangélico, á los pueblos extraviados de las Cevenas; ó á un Bossuet, que redactó un catecismo para su diócesis, con la misma pluma que le sirvió para trazar con tanta valentía la historia de las naciones, y los designios de la Providencia en las revoluciones y desaparicion de los imperios.

Así, pues, oh sacerdotes de Jesucristo, pastores de las almas, os decimos como S. Pablo á Timoteo: Desempeñad el oficio de evangelista: *Opus fac evangelistæ*. De evangelista á catequista no hay diferencia alguna. En todas épocas, pero particularmente en nuestros tiempos, la religion solo tiene una desgracia que temer: la de ser ignorada ó imperfectamente conocida, ó conocida tan solo por los falsos y odiosos colores que la prestan sus enemigos. Es tan grande esta religion, es tan santa y pura; recomiéndase á nuestra fe, á nuestro amor, admiracion y reconocimiento con tanta dignidad y una autoridad tan persuasiva, con tan imponentes recuerdos, victorias, beneficios, consuelos y esperanzas; satisface tan perfectamente nuestras necesidades y flaquezas, que nos parece imposible, que una par-

roquia, una provincia ó un pueblo, sólidamente instruido en su doctrina, se aparte jamás de la bandera de la religion. Pero respecto del mayor número de los que no tienen ocasion ni facultades para buscarla en largos y profundos estudios, el conocimiento de la religion no es asequible, sino mediante la enseñanza del catecismo. Humillémonos, amados colaboradores; delectreemos los elementos de la doctrina con los niños, y aun con los hombres que todavía son niños, ya que la ignorancia es una infancia para todas las edades; no temamos desagradar con la ingenuidad de nuestro lenguaje á los más descontentadizos y delicados de la parte ilustrada de nuestro auditorio. Un catecismo bien hecho, concienzudamente preparado, presentado con la verdad y variedad de incidentes, con el interés de hechos, costumbres y comparaciones, que el asunto permite, puede cautivar la atencion de las inteligencias más ilustradas, que preferirán siempre lo verdadero, lo natural, una instruccion nutrida, sustancial, llena de ideas prácticas, á frases huecas y retumbantes, á disertaciones campanudas, á todos aquellos esfuerzos estudiados y formas rebuscadas del arte de escribir, cuyo artificio saben distinguir y cuyos secretos poseen más que nosotros.

6. No pretendo trazar á los que, por deber, enseñan el catecismo, las reglas sobre el mejor modo de catequizar, despues de tantos hábiles maestros que nos han dado el ejemplo en este punto. Solo nos permitiremos decirles: La religion en que debeis instruir á los pueblos es una historia, la sencilla y sublime historia de las relaciones de Dios y del hombre; enseñadla históricamente. Sin excluir la instruccion propiamente dogmática y doctrinal, una explanacion más especial y explicita de los principales misterios de la fe, de la ley de Dios, de los sacramentos de la Iglesia, dedicaos á ilustrar vuestras explicaciones con la narracion, á vivificarlas con los ejemplos, en conformidad á lo prescrito en el catecismo del santo Concilio de Trento, y por S. Agustin, en su admirable tratado sobre el método que ha de seguirse para iniciar á los nuevos catecúmenos en las verdades de la fe. La historia interesa á todos los hombres, y tiene un encanto particular para la primera edad; al paso, que la aridez de los preceptos, las ideas simples, las deducciones lógicas y las fórmulas abstractas difícilmente se inoculan en la memoria de los niños, ó dejan en ella una impresion pasajera. Los hechos históricos se graban en su mente de una manera indeleble.

Expongamos, pues, á nuestros jóvenes discípulos toda la historia de la religion, desde su origen, que se confunde con el del mundo, hasta aquel dia supremo en que, completado el número de los esco-

gidos, la religion volverá á los cielos de donde descendió. La primera idea que debemos fijar en su mente, para esclarecer todas las demás, es la de Dios: dadles á conocer este Dios omnipotente y bueno, y por decirlo así, dejad que lo vean, oigan y toquen en la obra de los Seis Dias. Adoren su grandeza en las maravillas manifiestas de su palabra; su sabiduría, en el buen orden que hace reinar en ellas; su paternal prevision, en el cuidado que se toma de dar á cada planta, á cada sér animado de que puebla los aires, la tierra y las aguas, el alimento propio y el germen de reproduccion. Conozcan por esta primera leccion el honor, amor y gratitud que deben á su Criador, y el respeto que exige el séptimo dia, en que quiso, para ejemplo nuestro, descansar de todas sus obras. Refiramos entónces circunstanciadamente la creacion del hombre y de su compañera; su felicidad en el paraíso terrenal miéntras duró su inocencia; luego su caída á la voz de la antigua serpiente, y su destierro del jardin de las delicias. Y como cada rasgo de esta sencilla historia es una enseñanza, aprovechemos la ocasion para hablarles del alma, emanada del soplo de Dios y hecha á su imágen; de la constitucion de la familia, primera base de la sociedad; de la santidad de la ley, de la severa justicia, que vela por su observancia, del origen del mal, que no es de Dios, sino de la rebellion del ángel, y del abuso del libre albedrío del hombre; y, en seguida, de todas las calamidades que acarrea una primera falta, una mancha hereditaria, el sufrimiento, las malas inclinaciones, la ignorancia, y la doble muerte del cuerpo y del alma. Pero en medio de tan espantosa ruina, colúmbrase á lo léjos un rayo de esperanza: es la promesa de un Redentor. Miéntras los hijos de los hombres se pierden y extravian cada vez más en los caminos del primer fratricidio, hagámosles ver esta promesa, recibida con amor, y conservada con fe en la memoria de los hijos de Dios, desde Seth hasta Noé; renovada más expresamente á Abrahan, á Isaac, á Jacob, de quienes debe descender el Deseado de las naciones; revelada aun más explícitamente á Moisés, y siempre más clara y más universalmente difundida, á medida que se acercan los tiempos de la restauracion. No les representemos aquellas grandes y venerandas figuras de los patriarcas, de los profetas, de los justos, de las mujeres ilustres del pueblo escogido, sin tomar de su santa y gloriosa vida las instrucciones convenientes, para sembrar en los corazones semillas de piedad, abnegacion y virtud. Hagámosles admirar la fe y obediencia de un Abrahan, la paciencia de un Job, el generoso perdon de José, la dulzura y fidelidad de Moisés, el valor de Débora, de Judith, y de Ester; la penitencia de David, la castidad de Susana, la sabiduría de

Daniel, la constancia de Eleazar, la valentía de los Macabeos, armados en defensa de su pueblo y de su ley. En las principales predicciones de Isaias, de Jeremías y del Rey Profeta, leerán la historia anticipada del Evangelio; y aleccionados en el descubrimiento de la verdad en las figuras, adorarán en la serpiente de bronce, en el maná del desierto y en el sacrificio de Melquisedec la augusta realidad de nuestros misterios.

Dediquémonos, pues, amados oyentes, al estudio de la doctrina, y á las lecturas santas; estudio y lecturas que conservan y ensanchan el conocimiento de la religion. Enviad á vuestros hijos á las escuelas públicas, pero procurad, ante todo, que aprendan el catecismo, primera leccion, que no puede sustituirse con ninguna otra, y que, en caso necesario, puede reemplazar á las demás; escuela, que no se reduce al cultivo del entendimiento, sino que ilumina el espíritu, ennoblece y santifica la voluntad, forma y regula la conciencia, y da á los niños la inteligencia y la cordura de los ancianos. Madres de familia, á vosotros principalmente han confiado la naturaleza y la religion, la educacion de la primera infancia. Luego que los tiernos vástagos, que con tanto cariño estrechais en vuestros brazos, puedan ver, conocer y sentir, y que sus primeras miradas se dirijan á la imágen de Jesús y de su santa Madre, haced que sus tiernos lábios empiecen por balbucear alguna oracion. Sea su primera palabra una invocacion al Padre, que está en el cielo, y la grande idea de Dios, la primera que se inculque á su inteligencia con todos los sentimientos de amor, temor, respeto y confianza que despierta. Así nunca se olvidarán del Dios, que hubieren aprendido á bendecir en vuestro maternal regazo, halagados por vuestras sonrisas y besos, ó si llegaren á olvidarle en los insanos goces de las pasiones, su memoria se reproducirá en ellos como una esperanza con la de vuestras virtudes, cuando los sufrimientos y los apuros los pongan en situacion crítica.

Padres cristianos, despues de los trabajos del dia, cuando las sombras de la noche os invitan á dejar vuestros campos y talleres, reunid á vuestros hijos y criados en vuestros hogares, y á vuestra mesa, y allí á los ojos del que es Maestro y Señor de la ciencia; de aquel cuyo espíritu sopla donde y como él quiere, ante la imágen del Crucificado, que constituye por sí sola un admirable compendio de toda ciencia, ciencia tan eminente, que el doctor de las naciones no queria estudiar otra, abrid el catecismo, y haced recitar sus lecciones á todos los individuos de la familia, santamente ávida de este alimento celestial. Estas piadosas pláticas endulzarán vuestras veladas, y os reposarán de vuestros sudores y fatigas; por la noche dormireis más

tranquilos, y al despertaros, vereis con más resignacion reaparecer la aurora, que trae para vosotros los trabajos y los afanes.

Soberano Señor, vos, que nos habeis dado un vivo deseo de conocer la verdad, haced que todos procuremos instruirnos en las cosas más importantes; que todos aprendamos las sublimes verdades que nos habeis revelado; que las meditemos con frecuencia, que las practiquemos constantemente en la tierra, para que todos seamos un día felices en el cielo.

CATOLICISMO.

(SU DIVINIDAD.)

I.

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazón malvado de incredulidad.

(Hebr. iii, 12.)

La vista del universo, las luces del entendimiento, el testimonio de nuestro corazón, las costumbres y prácticas de todos los pueblos, el clamor de nuestra conciencia, todo nos anuncia, todo nos demuestra, que el hombre está sometido á una religion, quiero decir, á una regla divina dada por Dios para nuestra creencia, nuestro culto y nuestras costumbres, la que nadie puede ignorar, ni desobedecer sin delito. Pero, ¿cuál es esta religion, que el cielo ha dado al hombre, y que une al hombre con Dios? Es la religion, que vosotros, amados cristianos míos, profesais; es la Religion santa, católica, apostólica y romana.

Esta sola tiene un carácter de divinidad, que falta en todas las demás que se conocen; esta sola es la religion que Dios ha dado á los hombres; esta sola es la únicamente verdadera. Dos principios luminosos van á demostrarlo. Es evidente, que la religion de un Dios verdadero debe ser pura y santa en su doctrina, porque el Dios, que la revela, es la verdad, la sabiduría y la santidad por esencia, y nada puede prescribir que sea falso ó vicioso. Es evidente tambien, que la religion de este verdadero Dios debe ser una religion antigua y permanente, que abrace todas las edades, porque Dios ha debido ser adorado y servido en todos los tiempos, y la religion enseña el modo de servirle y adorarle. Será, pues, evidentemente la única religion verdadera aquella que reuna estos dos caracteres de divinidad: *la pureza de la doctrina, y la perpetuidad de su existencia.* Sola la Religion católica los reune; luego sola ella es la verdadera. Temamos, cristianos, deshonorar una religion tan pura por nuestras malas costumbres. Temamos perderla por nuestras incredulidades. Vedlo bien, hermanos, diré con el apóstol san Pablo, no sea que se encuentre en alguno de vosotros un corazón incrédulo á las verdades eternas, que trato de demostraros. *Videte fratres...* No hagais violencia á vuestra razon, y á vuestra fe; y si ellas se os presentan, seguidlas con la seguridad de los que caminan por la senda de la verdad.

Dios inmortal, justo, sábio, santo y omnipotente; iluminadme, sostenedme, conducidme con vuestros auxilios, por la intercesion de María Santísima, con cuyo soberano patrocinio pretendo demostrar las dos verdades, que acabo de proponer. A. M.

1. La verdadera Religion del Dios verdadero ha de ser pura en su doctrina; pura en lo que enseña, y pura en lo que manda; pura en sus dogmas, pura en sus preceptos. Solamente la Religion católica, apostólica, romana goza de estos admirables privilegios; ella solo es la religion de un Dios verdadero, de un Dios sábio, y de un Dios santo.

Si, cristianos; vuestra religion es pura en lo que enseña. Levántese el impío contra sus dogmas, y sirva su incomprendibilidad de pretexto á los incrédulos. Yo lloraré su ceguedad, si hablan de buena fe, ó detestaré su maldad, si obran contra su conciencia y sus luces. ¡Dogmas venerables, objeto eterno de las contradicciones del impío! vosotros sois los que me dais ideas verdaderas, ideas sublimes, ideas sostenidas y consiguientes de la naturaleza de Dios y del hombre. Vosotros, dogmas sagrados, conciliais la providencia, la